

Yukio Mishima

# La ética del samurái en el Japón moderno

Introducción a *Hagakure*

Traducido del japonés por  
Makiko Sese y Carlos Rubio



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Hagakure Nyumon*

Primera edición: 2013  
Segunda edición: 2016  
Tercera reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Toya Legido

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 1967, The Heirs of Yukio Mishima. All rights reserved  
© de la traducción: Makiko Sese y Carlos Rubio López de la Llave, 2013, 2016  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2013, 2023  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-9104-334-8  
Depósito legal: M. 3014-2016  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción de Carlos Rubio
- 13 Prólogo: *Hagakure* y yo
- 23 La pervivencia de *Hagakure*
- 38 Los cuarenta y ocho principios de *Hagakure*
- 105 Cómo leer *Hagakure*
- 113 Apéndice: Extractos de frases inmortales de *Hagakure*



# Introducción

*Introducción a «Hagakure»* es la traducción de la obra *Hagakure no nyūmon* publicada por su autor en 1968. En ella se comentan y citan frases y extractos de *Hagakure* («Oculto por las hojas»), un clásico de la literatura ensayística sobre samuráis. Está compuesta por los dictados de Yamamoto Tsunetomo (1659-1719) pronunciados después de que se hiciera monje budista con el nombre religioso de Jōchō. Yamamoto era un samurái del clan Nabeshima, en Kiushu, que quiso acompañar en la muerte a su señor; pero esta práctica ya había sido declarada ilegal. Yamamoto decidió entonces retirarse del mundo y legar a la posteridad su concepción del samurái ideal. *Hagakure*, vertido al español como *Oculto por la hojarasca*, fue ensalzado por el Japón militarista de los años de la Segunda Guerra Mundial como la encarnación de las virtudes del guerrero y del espíritu indomable de los japoneses. Sin embargo, una vez acabada la con-

tienda, el libro fue rápidamente abandonado como peligroso y subversivo, destruyéndose muchos ejemplares ante el temor de la censura impuesta por las tropas de ocupación de Estados Unidos.

Según revela Yukio Mishima (1925-1970) en las primeras páginas del presente libro, *Hagakure* fue uno de sus libros predilectos ya de joven. La fascinación por el ideario del guerrero fue constante en toda su vida. En una obra de juventud como *Los años verdes* (1950), publicada también por Alianza Editorial, Mishima manifiesta su admiración por los militares japoneses implicados en la Insurrección del 26 de febrero de 1936, y no tanto a causa de su ideario político, cuanto de la pureza (o, más bien, de la estética de la pureza) del sacrificio de sus vidas por la causa imperial.

Once años después, en 1961, dramatizará el episodio en su relato de veinte páginas «Patriotismo» (*Yūkokoku*), incluido en *La perla y otros cuentos*, con el teniente Shinji Takeyama como protagonista cometiendo *seppuku*, el suicidio ritual, al lado de su esposa. La historia sería llevada a la pantalla pocos años después en *El rito del amor y de la muerte*. Por los mismos años escribe otro relato, titulado *Ken* y publicado por Alianza en 2011 como *Los sables*, uno de los favoritos del autor y fruto de la práctica del *kendo*, la esgrima tradicional japonesa, iniciada por Mishima en 1959. Su protagonista, Jiro, pertenece a esa estirpe mishimiana de jóvenes, puros y fuertes, aunque, por exceso de pureza, trágicamente débiles.

La obsesión de Mishima por la estética de la pureza de la muerte del guerrero se intensifica en la tercera fase

de su vida (1963-1964)<sup>1</sup>. Este periodo se inicia con *El marino que perdió la gracia del mar* (Alianza, 2003), donde un grupo de adolescentes deciden acabar con la vida de un oficial de la Marina para preservar la pureza del mismo. Poco después, en 1967, Mishima pasa un mes entrenándose en secreto con los militares japoneses de las Fuerzas de Autodefensa y al año siguiente crea una pequeña hueste desarmada llamada «Tate no kai» o «Sociedad del escudo», adoctrinada en su ideario y cuyo vértice era la defensa del emperador. En este contexto, Mishima escribe dos obras que consolidan su larga fascinación por el tema: el ensayo *Taiyō to tetsu* (*El sol y el acero*). Según propia confesión, se trataba de su «testamento al mundo»: una exaltación de las tradiciones marciales de Japón. Un libro hermano de éste es el que tiene el lector en sus manos: el ideario del samurái contrapuesto al afeminamiento, según Mishima, de la sociedad japonesa contemporánea. Aunque escrito a finales de los sesenta, las observaciones de Mishima, aplicadas cincuenta años después, conservan una frescura y vigencia sorprendentes. El autor repite una frase que condensa todos los dictados de Yamamoto: «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte». Un camino que Mishima, sable en mano, iba a dramatizar con su propia vida sólo un año y medio después.

Carlos Rubio

1. Más sobre la vida de Mishima, en la Introducción del autor de esta nota a la versión española publicada por Cátedra (2009) de *Los años verdes* y en *Mishima. Biografía*, de J. Nathan (Barcelona, Seix Barral, 1985).





Prólogo

*Hagakure* y yo

La juventud tiene dos grandes compañeros: los amigos y los libros. Los primeros son de carne y hueso, y cambian con los años. En determinado momento, el paso de los días les hace perder su emoción, pero esta pérdida se recupera en otro momento con un nuevo amigo. En cierto sentido, con los libros pasa lo mismo. Hay ocasiones en que el libro que a uno le impresionó en una determinada época de la juventud, cuando se vuelve a tomar en las manos años más tarde, ya ha perdido el encanto y se asemeja a un cadáver de lo que habíamos conocido. De todos modos, la mayor diferencia entre los libros y los amigos reside en que estos últimos cambian, pero los libros no. Aunque yazga cubierto de polvo en un rincón de la estantería, el libro conserva obstinadamente su propia vida y filosofía. Lo único que podemos hacer es acercarnos o alejarnos, leerlo o ignorarlo, cambiar incluso nuestra actitud hacia él, pero nada más.

Viví la guerra en mi primera juventud. En aquellos años, el libro que más me emocionaba era la novela de Raymond Radiguet<sup>1</sup> *El baile del Conde de Orgel*, una obra clásica por la cual en Francia dicen que «Radiguet ha entrado en el panteón de autores ilustres». No pongo en duda el valor artístico de esta novela, pero en aquel tiempo mi aprecio por ella poseía elementos casi impuros. Lo que pasaba es que yo, convencido de que iba a morir a los veinte años, me identificaba con el genio Radiguet, que se fue del mundo, precisamente, a los veinte años de edad dejando detrás esa obra. Por eso, al ver que, inesperadamente, había sobrevivido a la guerra y que seguía vivo en los años de la posguerra, mis gustos literarios cambiaron y mi entusiasmo por el libro de Radiguet se fue enfriando por sí solo.

Otro libro que me encandilaba era «Las obras completas de Ueda Akinari»<sup>2</sup>. Recuerdo que lo llevaba encima durante los bombardeos. De lo que no me acuerdo es de por qué me tenía tan entusiasmado. Tal vez fuera porque se trataba de un escritor que iba contracorriente; o tal vez por la técnica con que escribía unos relatos que pulía hasta sacarles brillo, como se hace después de mucho esfuerzo con un espejo. Quizás ambas razones lo convertían en el novelista japonés ideal al que yo aspiraba entonces. Aunque mi respeto por Radiguet y Akinari no ha

1. (1903-1923), escritor francés de extraordinaria lucidez y precocidad.

2. (1734-1809), autor de relatos famosos por el misterio y poder evocador. Sus obras vertidas al español son *Cuentos de lluvia y de luna* (trad. de K. Sakai), Madrid, Trotta, 2002; y *Cuentos de lluvia de primavera* (trad. de Y. Kawasaki), Gijón, Satori, 2012.

menguado con el paso de los años, puedo afirmar que sus libros han dejado de ser compañeros de mi vida.

Y con esto llegamos al único libro que me queda. Se trata de *Hagakure* («Oculto por las hojas»), la obra de Yamamoto Jōchō<sup>3</sup>. Empecé a leerlo durante la guerra y siempre lo tenía a mi lado. Puedo decir que si hay un libro al que he vuelto una y otra vez, cuyos párrafos han sido lectura y relectura constantes en todos los años siguientes, ése ha sido *Hagakure*. Especialmente, después de que acabó la guerra —en el transcurso de ésta era una lectura socialmente obligatoria— la luz de *Hagakure* empezó a brillar dentro de mí. Tal vez sea una obra en su origen paradójica. En la guerra era como un cuerpo luminoso a plena luz; en la oscuridad, sin embargo, es cuando su brillo irradia con todo su fulgor.

Acabada la guerra, enseguida hice mis pinitos como novelista. En aquellos años veía cómo a mi alrededor giraban las nuevas corrientes literarias por las cuales, debo admitir, no sentía la más mínima simpatía ni ideológica ni artística. Eran corrientes que pasaban ante mí como vientos tempestuosos. Yo observaba que la ener-

3. También conocido como Yamamoto Tsunetomo (1659-1719), su nombre de samurái. El de Jōchō, por el que lo nombra Mishima en el original, era el nombre budista que tenía cuando dictaba su libro. En adelante nos referiremos a él por el apellido Yamamoto, de fonética y ortografía más sencillas que el nombre budista para los lectores de habla española. El signo diacrítico sobre las vocales alarga la pronunciación de éstas. Cuando no afecte al significado será eliminado en esta versión a fin de aligerar la ortografía española. Nativo de Kiushu, este samurái tomó las órdenes budistas en 1700 cuando el sogunato prohibió la práctica del suicidio del vasallo para acompañar a su señor en la muerte. Yamamoto dictó su obra (*Oculto por la bojarasca*, Madrid, Edaf, 2000) a un joven samurái en el transcurso de su retiro de siete años.

gía y la vitalidad de la gente seguían cursos diferentes a las mías; también sus sensibilidades eran distintas. Naturalmente que sentía que estaba solo. Me preguntaba en qué directrices o fundamentos definitivos había confiado yo durante la guerra y en los años inmediatamente posteriores. Ciertamente, no procedían de *El capital* de Marx ni tampoco del «Reglamento Imperial sobre Educación». El libro que me apoyara todo el tiempo tenía que ser la base de mis principios éticos y, al mismo tiempo, debía ser una obra plenamente aceptada en mis años de juventud. Sí, tenía que servirme de firme sostén para mis dos manos: la de la soledad y la de mi postura antisocial. Por añadidura, había de ser un libro que estuviera prohibido por mis coetáneos. *Hagakure* cumplía todos esos requisitos. Este libro, atado en un paquete junto a otros admirados en la guerra, ahora era arrojado a la basura. Se lo vilipendiaba; se lo infamaba; se lo condenaba al odio, al olvido. Fue así cómo *Hagakure* empezó a refulgir realmente por primera vez en medio de las tinieblas de aquellos años de la posguerra.

Entonces, lo que había sentido leyendo este libro durante la guerra empezó a mostrar su verdadero significado. Es un libro que enseña la libertad; una obra que enseña la pasión. Las personas que no han leído atentamente *Hagakure*, excepto la famosa frase de «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», tienen la imagen de un libro abominable y de fanáticos. No entienden que tal frase es en sí misma una paradoja y que simboliza todo el libro. En las palabras de esa oración hallé la energía que necesitaba para vivir.

Cuando en 1955 publiqué un artículo titulado «Las vacaciones de un novelista», expresé por primera vez mi devoción hacia este libro. Escribí entonces:

Empecé a leer *Hagakure* en los años de la guerra y ahora de vez en cuando lo saco y lo releo. Las paradojas de este libro no son fruto del cinismo, sino que surgen naturalmente de la discrepancia entre el conocimiento de la propia conducta y la decisión de actuar. En este sentido, es un libro extraño pero de una ética radiante, una obra clara y humanista rebo-sante de fuerza.

Quienes lean *Hagakure* con el prejuicio de que van a encontrar un ideario determinado, como la ética de la época feudal de Japón, nunca apreciarán su frescura. Sus páginas rebosan la exuberancia y libertad de la gente que vivía bajo la firmeza de los principios éticos de cierto tipo de sociedad. Esos principios vivían también en forma de cualquier manifestación económica y social. Era la única premisa de su existencia y, bajo ella, todo era glorificación de la energía y la pasión. La energía es buena; la inercia es mala. En este libro se despliega una comprensión maravillosa del mundo sin ninguna sombra de cinismo. Después de leerlo no se tiene ese regusto amargo que deja la lectura de, por ejemplo, un autor como François de La Rochefoucauld<sup>4</sup>. Todo lo contrario.

No hay muchos libros que liberen el amor propio en términos morales con la facilidad que lo hace *Hagakure*. Es imposible aprobar la energía y al mismo tiempo rechazar el or-

4. (1613-1680), escritor francés y supremo exponente de las máximas como forma literaria de epigramas con los cuales expresar sucintamente una verdad paradójica.

gullo que inspiran sus páginas. Aquí no hay excesos. Hasta la arrogancia es moral. (En *Hagakure* no se trata de una arrogancia en sentido abstracto.)

«Con respecto a cualquier proeza militar, hay que sentir la arrogancia de ser el mejor guerrero de Japón», «un samurái debe sentir orgullo por sus logros marciales y abrigar la decisión de la locura». Y es que también existe una locura justa y correcta.

La ética de la vida cotidiana predicada en este libro puede denominarse la suma de los principios adecuados para un hombre de acción. Sobre la moda, se comenta con indiferencia lo siguiente: «Es fundamental hacer lo que a uno le parece mejor teniendo en cuenta la época». Esa suma de principios adecuados es el rechazo moral de cualquier refinamiento extraño. La persona tiene que ser excéntrica. «En el pasado, la mayor parte de los samuráis lo eran. Su excentricidad los llevaba a actos de arrojo y valor.»

Del mismo modo que toda obra de arte surge de la resistencia contra una época, las enseñanzas de Yamamoto Jōchō nacieron como reacción a las tendencias fastuosas y decadentes de las eras Genroku y Hōei [1688-1704 y 1704-1711, respectivamente].

[...]

Cuando Yamamoto declara: «Descubrí que el Camino del Samurái es la muerte», no hace otra cosa que dar expresión tanto a su utopía como a su ideario de libertad y felicidad. Por la misma razón, también nosotros podemos considerar este libro como una colección de relatos utópicos. Mi opinión es que si tal utopía se realizara perfectamente en algún lugar, las personas que vivieran en tal sitio serían más dichosas y liberales que quienes vivimos actualmente

aquí. Pero lo que existía no era más que la quimera de Yamamoto.

El autor de *Hagakure* discurrió un remedio radical contra la enfermedad moderna. Al presentir la división de la mente humana, nos advirtió sobre la infelicidad que causaría tal escisión. «Es un error separar la mente en dos.» Hay que resucitar la fe en la simplicidad y la exaltación de la misma. Yamamoto consideraba que cualquier tipo de pasión justa, fuera la que fuera, era válida; además, él conocía con todo detalle sus leyes.

[...]

En términos del adiestramiento humano para llegar a la perfección, no me parece que haya mucha diferencia entre morir por causas naturales y morir asesinado por la espada de alguien o rajándose uno mismo el vientre. Para una persona de acción poco importa la forma en que se cumple la ley que somete al ser humano al paso ineludible del «tiempo». Cuando Yamamoto afirma: «De los dos casos, la vida o la muerte, escoge aquel en que se muere de forma inmediata», tan sólo está proponiendo seguir el camino más sensato, es decir, el abandono de uno mismo como medio de conseguir la virtud. En realidad, la situación de «los dos casos» raramente se presenta en la vida. Es significativo que, aunque el autor haga hincapié en la decisión de escoger una muerte instantánea, no aclare bien los criterios que determinan cuándo se producen «los dos casos» que preceden la muerte. El juicio que causa la decisión de morir implica una larga cadena de juicios previos y razones para vivir que, a su vez, presupone en el hombre de acción la existencia de un prolongado estado de tensión y concentración. Para la persona de acción, el mundo suele aparecer como un círculo cuya

circunferencia debe completarse con un último punto. En un momento tras otro, esta persona desecha círculos incompletos por faltarles ese punto final; y luego se enfrenta a otros que van sucediendo. Comparada con esta imagen, el mundo tanto de los artistas como de los filósofos se asemeja a la acumulación de unos círculos concéntricos y cada vez más grandes dentro de los cuales están esas personas. Sin embargo, cuando llega el momento supremo de la muerte, ¿quién tendrá una sensación de plenitud más grande, el hombre de acción o el artista? Creo que la plenitud será mucho mayor en el caso de una muerte sobrevenida en el instante en que se completa el mundo de la persona añadiendo ese simple punto que faltaba.

Inversamente, la gran desdicha del hombre de acción es morir sin haber podido agregar ese punto final que hace perfecto al círculo. El samurái Yoichi Nasu vivió mucho después de hacer diana en el centro de un abanico<sup>5</sup>. La lección que sobre la muerte ofrece *Hagakure* no se basa en el resultado de la acción, sino en la verdadera dicha que sentirá el hombre de acción. Al mismo Yamamoto, que también soñaba con esta felicidad, le negaron cuando tenía cuarenta y dos años el deseo de seguir en la tumba a su señor Mitsushige Nabeshima. La negativa vino del mismo Mitsushige poco antes de morir. Entonces, Yamamoto decidió tonsurarse y abrazar la vida religiosa. Murió de causas naturales sobre el tatami cuando tenía sesenta y un años

5. En los prolegómenos a la decisiva batalla de Yasima, de 1185, este samurái de apenas veinte años acertó, tirando con su arco desde su caballo en la playa, en el centro de un abanico dispuesto en la barca de los enemigos. Así se narra en la obra clásica de samuráis, *Heike monogatari* (Madrid, Gredos, 2005, pág. 721).



dejando a la posteridad y contra su voluntad un legado: *Hagakure*.

Hoy todavía mis ideas sobre *Hagakure* no han cambiado. Más bien, creo poder afirmar que fue al escribir estos ensayos cuando en mi interior se consolidó firmemente la filosofía de *Hagakure* y me propuse concentrar todas mis pasiones en vivir y en practicar dicha obra. En otras palabras, decidí dejarme absorber más y más por sus páginas. Había, sin embargo, una contradicción: yo me dedicaba al mundo del entretenimiento y del espectáculo, un camino que reprueba el libro de Yamamoto. Me sumergí en un debate interno entre la ética de mis actos y el arte. Tomó forma entonces la vieja sospecha, antes vaga, de que en toda literatura vive agazapado algo vil. Estoy en deuda con *Hagakure* por haberme hecho tomar conciencia de la imperiosa necesidad interior mía de armonizar el Camino de las Letras y de las Armas. Me daba cuenta perfectamente de la extrema dificultad de conjugar el pincel<sup>6</sup> y la espada. Pero fue sólo gracias a este libro por lo que empecé a estar firmemente convencido de que, fuera de esa unión, ya no tenía más excusas para vivir como artista.

Debo reconocer, de todos modos, que el arte envejece y muere cuando queda cómodamente limitado en el recinto del arte en sí. En este sentido, va contra mis principios considerar como algo supremo sólo el arte. Éste, en efecto, si no respira continuamente el oxígeno que está

6. La escritura japonesa se practicaba tradicionalmente con un pincel. El verbo, en japonés, que significa «escribir», *Kaku*, también quiere decir «pintar».

fuera de sus límites, se agota enseguida. El arte, como la literatura, para vivir necesita sacar alimento y material de cosas llenas de vida. Porque la vida es la madre de la literatura y, al mismo tiempo, su gran enemiga; sí, una vida que se esconde en el corazón del artista y que, simultáneamente, es la perpetua antítesis del arte. Yo, desde hacía muchos años, había descubierto una filosofía de la vida en las páginas de *Hagakure* y, por eso, creía que este mundo claro y refrescante era un elemento que amenazaba y enturbiaba el mundo de la literatura. Para mí, el significado de esta obra descansa en la visión que me ha dado del mundo. Aunque, por un lado, me ha dificultado enormemente mi forma de vivir como artista, *Hagakure* se ha constituido en la matriz de mi literatura y en el manantial eterno de mi energía. Y eso gracias a su azote implacable, a su voz imperiosa, a su crítica acerba, a su belleza: la belleza del hielo.

## La pervivencia de *Hagakure*

En los veinte años que han seguido al fin de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad japonesa se ha ido transformando en el mundo descrito en las páginas de *Hagakure*. Ha dejado de haber samuráis, contiendas bélicas; la economía se ha recuperado; reina la paz; la juventud bosteza. Como he indicado antes, *Hagakure* es un libro inmensamente paradójico. Cuando en sus páginas se escribe «negro», detrás está el blanco. Si se dice «la flor es roja», la opinión pública sostiene que la flor es blanca. Cuando *Hagakure* afirma que algo «no debe hacerse así», la gente va y lo hace. Teniendo todo esto en cuenta, por debajo de un libro tal se mueve una corriente de opiniones y comportamientos actuales contrarios al contenido del mismo. Esta corriente es la que sigue el pueblo japonés en periodos de paz.

Vamos a poner algún ejemplo inmediato. No es la primera vez que, en nuestros días, la moda masculina ha

florecido con el mismo vigor, o incluso superior, que la moda femenina. El furor de la juventud actual por la moda de Pierre Cardin no es insólito. Tiene precedentes, aunque entonces no fuera Cardin, en la era Genroku, cuando la moda se extendía no sólo a la ropa, sino también al diseño de las espadas y de sus empuñaduras, de las dagas y de sus fundas, a todo tipo de adornos que podían encandilar la mirada de los jóvenes. Si echamos un vistazo a las pinturas de Hishikawa Moronobu<sup>1</sup>, podremos comprender la fastuosidad y el lujo que en el siglo XVII reinaban en aquella sociedad de comerciantes y artesanos.

Hoy día, si uno va a una cafetería con música de *jazz* y habla con adolescentes y veinteañeros, el tema que domina de principio a fin en sus conversaciones no es otro que la ropa y los complementos del vestido. Voy a contar lo que me pasó a mí. Una vez que entré en uno de esos locales, nada más sentarme, me abordó un chico que estaba sentado en la mesa de al lado y me soltó esta sarta de preguntas: «Sus zapatos son a medida, ¿verdad», «¿En qué zapatería los encargó», «Y los gemelos de su camisa, ¿dónde los compró?», «¿Dónde consiguió la tela del traje que lleva?», «¿Cómo se llama el sastre?».

Entonces intervino un joven que estaba con él y entre ellos tuvo lugar este diálogo:

—¡Eh, no preguntes tanto, hombre! Pareces un mendigo con tantas preguntas... ¿Por qué no te fijas bien en lo

1. Uno de los más destacados artistas del *ukiyo-e* o estampaciones xilografadas que retrataban escenas y personajes de los barrios de placer.

que este señor lleva puesto y simplemente le robas las ideas en lugar de preguntar tanto?

El primero le replicó:

—¿Y no te parece mejor aprender así, haciendo preguntas?

Era evidente que para esos dos jóvenes aprender consistía en enterarse de cómo se viste uno y en dominar todos esos secretos que se pueden leer en cualquier revista de moda masculina. En *Hagakure* hay un pasaje en el cual se observa una actitud parecida:

En los últimos treinta años, las cosas han cambiado. Ahora, los temas que comentan los jóvenes son el dinero, lo que uno gana o deja de ganar, el presupuesto familiar, las prendas de vestir, el sexo. Si no se trata uno de esos temas, parece que se echa un jarro de agua fría en cualquier conversación. Da pena (capítulo 1).

Se habla mucho de lo afeminados que se han vuelto los hombres de hoy, resultado, parece ser, de la creciente democratización a la americana que se observa en la sociedad japonesa y de la difusión de nociones como «las señoras, primero» y cosas así. Pero este fenómeno no es nuevo: viene de antes. Una vez que quedó atrás la naturaleza fieramente masculina de la era Sengoku —la era de los Estados Combatientes, de 1467 a 1568— y el país quedó pacificado con el advenimiento de la dinastía Tokugawa, en 1603, se inició enseguida un gradual afeminamiento de los hombres. En los grabados *ukiyo-e* de Harunobu Suzuki, del siglo XVIII, se puede apreciar, por ejemplo, a un hombre y a una mujer contemplando juntos en un balcón las flores del ciruelo. Por mucho que se los mire o desde cual-